

## El ajedrez como rito

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

El ajedrez, a pesar de lo que parece, no tiene nada de juego. Es, por el contrario, una azarosa trabazón de lógica y de magia, de tensión perceptiva, de asombro. Quienes lo practican saben que están ejerciendo un aspecto, tal vez el más complicado, de la filosofía de la lucha. Y saben que sus dos grandes enemigos son el espacio y el tiempo. Con ellos es la batalla. Y contra la alucinación de las formas. Porque el ajedrez es un bosque que en el mejor de los casos —cuando ambos jugadores llegan a un final exhaustivo— ha de ser desmontado en medio de avances y retrocesos cargados de sigilo, de meditaciones acechantes, de graves suspensos en que se siente, por igual, la voluptuosidad del acierto, el brillo de la cólera, la angustia con que sacude sus alas la esperanza. Y una acotación al desgairre: el tiempo del ajedrez es un tiempo inalterable, en estado puro. Nada tiene que ver con nuestro tiempo vital y cronométrico. Su dominio comienza en ese límite en que los números se yerguen como ángeles.

Sí, el tablero es un bosque donde susurran deidades aleatorias. A cada paso, aun en el movimiento

más simple detectaremos el peligro. Y apreciamos la vivencia, el íntimo poder de cada pieza: los alfiles regicidas, arteros y elegantes, emboscados o exhibiendo a plena luz, en un sitio inexpugnable, su orgullo de cortesanos; los caballos, espoleados por la sorpresa; las torres, pesadas y musicales como elefantes. Del rey se sentirán, apenas, sus estrictos compases. Limitado e imponente en su dignidad. No ostentará ninguna de las propiedades de sus súbditos. Ni la elasticidad del alfil, ni la destreza de los corceles, ni la potencia arrasadora de las torres. Y menos, muchísimo menos, la inquietante flexibilidad y los imprevisibles recursos de la dama. Su salto es de escaque en escaque, prisionero de sus símbolos, de su sueño, de su autoritaria significación. Los peones encarnan la fidelidad, el anonimato y el sacrificio. Exactamente como los soldados rasos extraídos de la gleba. De tarde en tarde, uno de ellos tiene apetencia y destino reales. Se convertirá, en una milagrosa trasposición, en otra o en la única de las favoritas. Será la reina y, en muchos casos, la que ha de dirimir agónicamente la contienda.

Los grandes jugadores —Lasker, Capablanca, Ninzowitsch, Rubinstein, Alekhine, Botvinnik, Keres, Tal, Fischer— son, en el fondo, insignes orquestadores o virtuosos. Por eso tienen nombres de músicos. Cada uno para fulgurar en las marquesinas o carteleras de los teatros más exclusivistas. Un título, para deleite de verdaderos melómanos del ajedrez, podría ser este: “Hoy, Bronstein, en su sinfonía en do mayor del Gambito de Dama”. Por ellos, por los grandes maestros, sabemos que el ajedrez es un idioma capacitado para legar modelos antológicos. Pocas veces nos es dado asistir a una cátedra tan depurada de lógica, de control de las posibilidades intuitivas, de rigor conceptual, de gracia estilística, como en el acto de reposición de una partida de Capablanca. Oiremos, en principio, un acorde lento, pausado, de violines y flautas que rodean y miman una obsesión. A medida que avanza el encuentro, los acordes son más secos, más estrictos. Sentimos que los impulsa una voluntad dura y luminosa. Se trata del desarrollo de una variante gestada en los primeros movimientos. Los peones —avanzando en un cálculo simétrico, sin permitir ranuras ni vacíos en la pureza estratégica— han hecho posible aquella vanguardia equina, aquel dominio teocrático de las diagonales, aquella disponibilidad combativa de las torres, que ahora parecen ágiles y nerviosas como cervatillos. La plena inteligencia de un creador insufla las criaturas de madera, con un ritmo que se intensifica a medida que crece la suficiencia de su propia majestad. Después vendrá el destrozo depurado y exacto. En esto, Capablanca es como César. Odia la desmesura, la crueldad innecesaria. Varias de sus partidas —en

esto y en el desdén justiciero y hasta en la forma de controlar el ímpetu— recuerdan los modelos punitivos del ilustre romano. Formidables páginas de elegancia, de valor esquemático, de exactitud para desplegar el esfuerzo.

Esto explica el reflejo de los diferentes períodos históricos en el ajedrez. Y ello es poco menos que lógico. En ningún instante un hombre está más psicológicamente al desnudo que en una partida. Allí, al margen de cualquier argucia para ocultar su verdadera índole, tendremos su sentido de la generosidad, del reposo, de la prudencia o de la economía. Y conoceremos, también, la forma de convocar sus reservas combativas y su tacto para administrarlas en un asalto final. De allí a hacer la traslación colectiva no hay más que un paso. Apenas el ajedrez entra en contacto con el Occidente, se convierte en su mejor espejo. Tendremos, por ejemplo, el ajedrez recio, almenado, con un sentido medioeval de la lucha, de Ruy López. El cura se manejaba una cazurrería de tan buena ley, cazurrería de artesano que conoce su oficio, que su famosa apertura, como una ciudadela de poderosos bastiones, ha resistido, invicta, todos los asaltos analíticos.

Tenemos el ajedrez elegante, con fondo de minuet de Filidor. Pura música de cámara. Para oír y gozar en una atmósfera rococó, mientras los contendores aspiran rapé o sacuden, con sus pañuelos de batista, el abstracto polvillo de sus casacas palatinas. Será la de Filidor una estrategia sutil, de ensueño galante, contemporánea de los petimetres de Watteau y de los voluptuosos escarceos del Triánón. El tablero, y las luchas dentro de él, quedan embebidos en un

aroma de jardines. No en vano Lenótre habrá geometrizado la naturaleza en Versalles. Filidor —en su calidad de ajedrecista y en una síntesis ideal— podría figurar, al lado de Leibnitz y de Mozart, como una culminación luminosa del alma fáustica.

Vendrá después ese ajedrez ardiente, solitario y altanero de Anderssen. Es el viento del postrer romanticismo, que sacude las piezas e insufla de gallardía aventurera el espíritu del juego. Es el instante de los ataques fulgurantes, suicidas, donde los reyes, atónitos, contemplan a sus huestes deshaciéndose en una orgía epopéyica, que obliga a los contendores a emular en valor y frenesí. Es el período de los ataques repentinos, de las combinaciones fulgurantes, de los sacrificios magníficos, de los raptos que solo pueden conducir a la victoria o a la muerte. Anderssen, asesorado por Dufresne, nos ha dejado, en una sola partida, la página más gloriosa del ajedrez de todos los tiempos. Un equivalente, en la exultación romántica, al “Himno a la Alegría”, de Horderlin, o a los compases, henchidos de gloriosa energía, del diálogo de los ángeles en el “Segundo Fausto”.

En Ninzowitsch, oiremos vuelo de cornejas hacia alares nocturnos y cuchicheos de brujas y susurros de duendes. Es el ajedrez fantástico. En muchas de sus partidas, Ninzowitsch ha jugado al aprendiz de brujo. Solicita y empalma fuerzas sombrías que fosforecen y gimen en la oscuridad. ¡Qué armoniosa conjunción de misterio y recuerdo, de soledad y azufrada meditación, hay en sus partidas! Son los augurios, los raptos y los ensalmos de un nigromante. El rey enemigo es como el padre de la

bella durmiente. Su dama, sus alfiles, sus torres, su soldadesca toda, ha sido paralizada por un vapor que huele a salas y campanarios deshabitados, a torreones con murciélagos entre rayos de luna, a rosas podridas en la humedad de los cementerios. Sus fuerzas avanzan sobre el tablero con esquemática voracidad. Parecen cadáveres animados por una pesadilla. Por eso, en las partidas de Ninzowitsch, veremos peones que inventan un nuevo escaque para deslizarse. O reyes que vigilan a su enemigo en un silencio fúnebre, entre las landas, mientras sus alfiles y corceles toman posiciones para el final ineluctable. Siempre que repongo una partida de este gran maestro me queda la sensación de haber visitado un lugar donde un viento fino, de madrugada, hace ondular pendones enlutados. Sin vacilar, yo colocaría su mortuoria destreza como una consecuencia del mejor simbolismo. Al lado, por ejemplo, de Nerval y de Hoffmann. O, mejor aún, haciéndole compañía a Odile Redón, en una avenida cualquiera de esas ciudades inventadas por la lujuria demoníaca de Monzú Desiderio.

A partir de Morphy —un abogado gringo del siglo pasado, que iluminaría por tres años escasos el firmamento del ajedrez para deshacerse en las tinieblas de la locura— comienza el verdadero sentido posicional de esta ciencia lúdica. Morphy convirtió el valor en un instrumento matemático. Sus partidas pueden considerarse como epístolas para que la emoción, llegado el caso, pueda hacer un buen gobierno. Allí, en ese compendio de lógica, están los mejores, y por ello mismo los más simples, logros del ajedrez moderno. Le tocará, en combates estelares, frenar el entusiasmo romántico y obligar a sus re-

presentantes más hazañosos a someterse al ayuno y al flagelo del análisis. Con él no valen bravuconadas ni desplantes. Los escuadrones de Anderssen, de Labourdonnais, de Paulsen y de Bird, fueron abatidos, uno tras otro, por sus cargas a la bayoneta calada. De él —de su frialdad ante el peligro, de su conciencia lúcida, de su paciencia y de su sentido de la medida— viene, entre otras cosas, la estatura del ajedrez soviético actual. Botvinnik, Petrosian y Spasky no serían posibles sin sus lecciones de control. Con él se inicia una conducta estratégica de consecuencias incalculables. De allí esos espectáculos de los torneos internacionales. Verdaderos alardes de finura táctica, de hondura para coordinar el movimiento de las alas con el centro, de búsquedas, escaramuzas y tanteos, donde cada milímetro del tablero es disputado en un silencio erizado de peligros.

Aquí, en Colombia, el ajedrez ha sido cultivado con el orgullo de un vicio solitario. Nuestros mejores ajedrecistas fueron, durante muchas décadas, una especie de drogómanos. Por carencia de buenos libros en el género, se intercambiaban sus conocimientos en una atmósfera de iniciados. Y los antros en que se desarrollaban estas misas negras eran como fumaderos de opio. Sin embargo, de allí, de esas cuevas malolientes llenas de humo de cigarrillos, emergieron cifras que nos han representado sin

rubor ninguno. Muchos de ellos, incluso, llegada su hora internacional, doblegaron la vanidad de algunos grandes maestros. Es el caso de Luis Augusto Sánchez, la más recursiva imaginación del ajedrez colombiano en todas sus épocas, o el de Miguel Cuéllar, henchido de cálculo y de fuerza, y uno de los mejores tácticos de la América Latina.

Ahora en Colombia, sobre todo en Bogotá, empiezan a desaparecer los antiguos fumaderos de ajedrez. Y empezamos a tener conciencia de que por lo menos un gran valor puede incubarse en nuestro ambiente. La apatía oficial sigue siendo la misma, es cierto. Pero el entusiasmo ha subido de punto. Por lo menos el ajedrecista sabe que, en un momento determinado, puede ser noticia. Y noticia con efectos en su futuro. Al lado de los ya consagrados —Cuartas, de Greiff, Minaya, Rodríguez, Velandia, Alzate, Posada— están los promisorios, los enduendados, los que llevan el germen (yo diría el veneno) de próximas victorias.

A estas alturas vuelvo a repetir: aunque lo parezca, aunque todo se confabule para nominarlo como tal, el ajedrez no es un juego. Puede ser, según los ángulos de enfoque, un rito, una pasión cabalística o una lucha simbólica del hombre con el fatalismo y con el tiempo en que se cumple su destino. Pero no es un juego.